EL NUEVO HUMANISMO DEL PADRE TEILHARD DE CHARDIN

"Pocos genios habrá —dice Crusafont Pairó en su prólogo a la edición española de las "Cartas de Viaje" del P. Teilhard— que en tan poco tiempo hayan provocado esta ingente floración de trabajos, de notas críticas, de análisis". La sucesiva publicación de sus obras, a la vez que va perfilando e iluminando su verdadero pensamiento, da origen a las más diversas opiniones, con frecuencia parciales y extremas. No es fácil la lectura reposada e imparcial de sus obras. Continuos estudios vienen a sumarse a los ya existentes, y el prestigio del ilustre jesuita francés es ya universal. En un artículo reciente del P. Danielou, aparecido en "Etudes", leemos: "Mi propósito no es ni exponer, ni discutir el pensamiento del P. Teilhard de Chardin, sino solamente preguntarme las razones de su influencia... Hombres de estado la ponen en la base de sus constituciones, hombres de ciencia encuentran en ella la posibilidad de una síntesis total, hombres de Iglesia reconocen en ella un instrumento privilegiado para un redescubrimiento de Dios por la civilización técnica... Los Marxistas la discuten, los tomistas la descubren (...) hay razones por las que la obra de Teilhard aparece de una deslumbrante actualidad, en el sentido mejor de la palabra, es decir, como respondiendo a una necesidad profunda de los espíritus..." Ultimamente nos llega la noticia que en el Museo de Historia Natural de París va a crearse la fundación "Pierre Teilhard de Chardin", haciendo coincidir su inauguración con el octavo aniversario de su muerte, acaecida el 10 de Abril de 1955, en Nueva York.

Estas razones, y sobre todo el valor intrínseco de su concepción sobre el hombre, *nos mueven a publicar estas notas sobre el nuevo humanismo del P. Teilhard. Es solo una exposición, y no un tomar partido ni a favor ni en contra.*

EL HOMBRE, EJE Y FLECHA DE LA EVOLUCION

El estudio del hombre en la obra del P. Teilhard nos coloca desde el primer momento en el punto central de la misma. Sólo a traves del significado del hombre en la marcha ascedente de la evolución, podemos llegar a la comprensión exacta de las sucesivas etapas por las que ésta pasa y la meta final definitiva hacia la que camina. El hombre, como veremos, es para Teilhard la clave de la Evolución.

Por otra parte, si tenemos en cuenta el interés que vuelve a despertar hoy día el estudio del hombre a través de las diversas ciencias, crece el significado de la obra del P. Teilhard, así como su actualidad e importancia. En efecto, los campos que absorven hoy nuestra atención pueden ser reducidos a dos, sin riesgo de equivocación: la física y las ciencias naturales por una parte, y la sociología y sicología por otra. Aun en el terreno abstracto de la filosofía, el hombre se ha convertido en su centro, y lastra el pensamiento hacia un existencialismo más o menos explícito. Dentro de esta línea de humanismo hemos de colocar la obra y el pensamiento del P. Teilhard. ¿Por qué

NOTA BIOGRAFICA

Nace el primero de mayo de 1881 en Sacernat. Esta región de la Auvernia con sus montañas y volcanes apagados, bajo un cielo barrido por nubes infatigables, influyen poderosamente en la pasión de Pierre por las "piedras" como solía llamarlas con cariño. Su infancia trascurre sosegadamente en un ambiente patriarcal. De su padre recibe principalmente su amor a la naturaleza, y de su madre la piedad y su visión universal. En 1899 entra en el Noviciado que tiene la Compañía de Jesús en Aix-en-Provence. "El deseo de "más perfección" es lo que ha determinado mi vocación de jesuita" -nos dirá después. Tres años más tarde, en el apogeo del anticlericalismo de Combes, sale exilado para Inglaterra. En Jersey termina su formación clásica y la filosofía, teniendo como profesores a Fontoyont, Valensin, Charles... En 1905 va al Cairo como profesor de Física y Química en un colegio de 2a enseñanza de la Compañía. Este primer contacto con el Oriente dura tres años, y enfila definitivamente su vida hacia la paleontología. En 1908 vuelve a Inglaterra para cursar su teología. Durante este tiempo multiplica sus excursiones científicas comenzadas en el Cairo, ofreciendo sus descubrimientos al British Musseum. Su vocación se perfila aún más: la paleontología de los vertebrados.

En 1912 retorna a París y durante dos años trabaja con M. Boule del que siempre conservó gran aprecio. La primera guerra mundial interrumpe sus investigaciones. Verdun, Le Chemin-des-Dames, la Champagne... son el escenario de su actuación como sacerdote y camillero. En las trincheras cerca de Reims, Teilhard vislumbra lo que será después su tesis de geología. Teilhard piensa. Mejor aún, intuye. "La guerra me ha permitido captar en su justa medida al hombre". En adelante, Teilhard no se ocupará más del hombre fósil sin tener en cuenta el hombre vivo, el de hoy día y el del mañana. En 1919

puede volver a París donde prepara su doctorado de Ciencias. Su dinamismo y su ardor apostólico le arrastran a dar conferencias, sus concepciones circulan entre los estudiantes mediante cuadernos policopiados. Al mismo tiempo que entusiasma y enfervoriza, suscita polémicas violentas, y el 10 de Abril de 1923, tiene que salir desterrado con destino a Tientsin. Tiene 42 años.

Es el comienzo de sus 23 años de vida errante. La mayor parte de ellos trascurren en China. Sus expediciones son numerosas y a veces de larga duración. Su verdadera pasión es trabajar sobre el terreno Sólo al final de su vida, al sentir que sus fuerzas físicas van decayendo, tiene que contenerse con ligeras y breves incursiones. Escribe. Con frecuencia se le hace muy pesada esta tarea, pero su sentido apostólico le sostiene. En una carta del 7 de Marzo de 1940 leemos: "Espero que me ayude el señor, puesto que sólo para intentar y hacer amar su figura me tomo este trabajo, del que muchas veces prescindiría con gusto por mí mismo".

En 1942 vueve a París. Después de 3 años tiene que volver de nuevo a China. Y el 24 de Diciembre de 1929, en la medianoche, colabora y presencia el descubrimiento del Sinantropo, en Tchou Kou Tien, a 50 kms. al sudoeste de Pekin. Es el momento culminante de su carrera científica.

A partir de 1931 pasa breves temporadas en EE. UU., Japón, Francia y Java. En 1937 le sorprende la guerra chino-Joponesa en Pekin. Logra pasar 5 meses en París. Cuando vuelve a Pekin la situación es más grave. Practicamente esta bloqueado y no le queda otra salida a su actividad que el pensar y el escribir. En estos años redacta su obra capital: "El fenómeno Humano". En 1946 puede volver a Paris y un año despues hace su primer viaje al Africa del Sur. Su cosmovisión, una vez bien fundamentado el pasado, se centra en el futuro. Los numerosos artículos que después se han publicado con el título: "El porvenir del hombre" son de esta fecha. El pasado sólo le interesa en cuanto medio necesario para

hablamos entonces de un nuevo humanismo? No nos referimos, desde luego, a una novedad en el tiempo, pues como acabamos de decir entra dentro de la corriente actual que nace del hombre y se dirige al mismo hombre. Tampoco de una novedad en la forma, que es por sí sóla insuficiente. Y aunque esta novedad de forma se da, de hecho, en la obra del P. Teilhard, sin embargo no es más que la expresión de lo verdadero e íntimamente nuevo que ella aporta: **el optimismo.** Llamamos nuevo al humanismo del P. Teilhard de Chardin, porque por sus venas corre una profunda corriente de optimismo, que no nace de una consideración ficticia, sino que es la esencia misma de su visión de lo humano. ¿Está justificada la visión optimista del P. Teilhard? Creemos que sí. ¿Es verdadera? No es fácil aún la respuesta definitiva a esta pregunta. Quedan todavía muchas hipótesis que comprobar. Pero si no es verdadera en su totalidad, sí lo es, desde luego, en parte.

Para Teilhard la evolución ha dejado de ser una hipótesis para convertirse en una condición general de conocimiento (una dimensión más), a la que han de satisfacer en adelante todas las demás hipótesis. Según él, todos, sean físicos sean biólogos, todos los que verdaderamente **hacen** ciencia, la admiten. Naturalmente hay que tomar esta evolución en su sentido más general, es decir, que toda realidad experimental forma parte de un proceso, nace en el Universo.

En esta evolución se trata de una masa de materia creada, informada por un siquismo rudimentario y de forma granular. Por el proceso de una lenta y continua complejificación de esos gránulos, la materia y la vida van despertando a formas cada vez más perfectas y, en algún aspecto, más conscientes. Podemos hablar de una verdadera maduración de la materia, que obedece a una serie de leyes. Así surge la Vida al nivel de las proteínas. Y así van surgiendo las diversas formas vegetales y animales. Al final del Terciario surge de entre el haz antropoide la Reflexión síquica, el Hombre. Lo tópico de la nueva especie es que no sólo sabe, sino que sabe que sabe; es decir, la conciencia reflexiva. Conviene hacer hincapié en que, tanto en el paso de la Vida como en este de la reflexión, se da un cambio esencial. La Vida al atravesar estos umbrales nos introducen en un nivel totalmente nuevo, inexistente en el estadio inmediatamente anterior de la evolución. Bajo las apariencias de una simple familia zoológica nueva, comienza de hecho con el hombre una segunda especie de Vida.

¿Qué es el hombre en la Evolución? "Es la última forma, la más complicada de las moléculas". Un piso más del edificio de la Vida. Una rama, la principal, del Arbol de la Vida. El termino más avanzado que conocemos en el proceso de complejidad al que antes aludíamos.

Algo que surge **normalmente,** casi por casualidad, pero hacia el que toda Evolución ha tenido ansiosamente desde los comienzos. El Hombre, centro de perspectiva, es al mismo tiempo, **centro de construcción** del Universo. Con el Hombre y en el Hombre, la vida ha comenzado un umbral. No se trata de una nueva especie de animal, como todavía se repite hoy con demasiada frecuencia, sino de una nueva especie de Vida, un nuevo estado de Vida, o si se prefiere, una vida de segundo grado. En una palabra: es la forma suprema de la Vida.

Más aún. El Hombre no es el centro estático del mundo como creyeron los científicos y literatos del Renacimiento. Mucho menos es un elemento más perdido en las sobrecogedoras soledades cósmicas como se creyó después, y aun hoy día. Ni siquiera un ser aprisionado en el interior de un mundo irremediablemente cerrado. Es para el P. Teilhard algo mucho más grandioso y más bello: el Hombre es el eje y la flecha de la evolución.

Bien sabe el P. Teilhard que no faltarán objeciones hechas a este neoantropocentrismo de movimiento: el hombre ya no es centro sino **flecha** lanzada hacia el centro del Universo en vías de reunión. Sin embargo, toda la vida del P. Teilhard, todos sus conocimientos científicos, todas sus publicaciones..., todo está orientado para una aceptación racional de su cosmovisión e infundir de esa manera el optimismo de quien se cree eje, flecha y razón última de todo cuanto existe caminando hacia Uno.

Por fin, el Hombre representa "una voluntad de vivir universal" que es la que aúpa a toda la evolución desde dentro, alimentada y sostenida por el Uno. Y esta voluntad de vivir universal que penetra en todos los seres, desde el más ínfimo, converge y se armoniza en ese

mismo hombre que la representa. El Hombre es el punto final de una gestación sostenida largo tiempo por toda la Evolución. Es la maduración entera de la Vida, es decir, de la Tierra misma. El Hombre, fenómeno absolutamente nuevo y muy viejo a la vez, renueva en sí admirablemente, los anteriores esfuerzos de la Vida. Todas las manifestaciones inferiores de la Vida se renuevan y se superaniman en el Hombre. Desde entonces el Hombre, quiéralo o no, se encuentra y se refleja en todo aquello que él mira. Visión del hombre netamente agustiniana, a la que ha llegado por derroteros diversos en gran parte, a los del santo obispo de Hipona.

Brevemente: "en el Hombre la evolución se interioriza, se **finaliza**, y al mismo tiempo se moraliza y se **mistifica**".

LA EVOLUCION DIRIGIDA POR EL HOMBRE

Con el Hombre la evolución pierde su libertad de acción. Y éste se encuentra entre sus manos con algo que nunca había pretendido: la obligación de llevar la evolución y la misma vida hacia delante. A nosotros se nos ha dado la vida, de tal manera que "sabemos reflexivamente" que la tenemos. La Vida se ha hecho reflexión en el hombre. Desde este momento el hombre manda sobre la Vida. Hasta entonces la Vida había mandado sobre la evolución. Desde ahora este dominio pasa al Hombre, que domina sobre la evolución y sobre la Vida. Esta, al perder su libertad de acción, y al convertirse en algo pasivo que debe ser llevado hacia delante por algo que ella misma produjo, se convierte en una carga pesada de llevar. Y tanto más pesada, cuanto más consciente se hace. Como por otra parte la Vida no puede liberarse ni renunciar a la deriva que le impulsa hacia el más-ser, se ve precisada a exigir del Hombre —en el que ha perdido su libertad— el sacrificio de su propia individualidad y el esfuerzo de su trabajo. Toca al Hombre, la esfera consciente y reflexiva de la Biosfera, dirigir la evolución del futuro, consciente de su consanguineidad con el Universo. Tiene que salvar en sí mismo el espíritu de la Tierra y de la Vida, y lograr que la Evolución avance más.

Por consiguiente, desde el momento en que la Vida se refleja sobre sí misma, se encuentra frente al **problema de la Acción.** Se despierta a sí misma en el **difícil** camino de una unificación progresiva. ¿Donde encontrará entonces, no solamente la legitimación, sino el valor y el gusto por el esfuerzo? Ante el Hombre la elección plenamente consciente y libre entre la fidelidad o la infidelidad a la vida. Ante el hombre la pregunta más decisiva y determinativa de su vida: "la Vida que nos ha hecho lo que somos, ¿merece la pena ser llevada adelante?".

Toda la vida y toda la obra del P. Teilhard están encaminadas primordialmente a dar una respuesta no sólo afirmativa sino positivamente optimista a esta pregunta; a incitar a la Humanidad a que se entregue con fé a la obra personal y sagrada, al trabajo duro y exigente, que le pide la Vida: consumar la evolución, haciéndola converger en el punto Omega; llevar a feliz término la creación mediante su trabajo inteligente.

Es cosa clara que el Hombre sólo se entregará al penoso trabajo de llevar la Vida adelante, si siente gusto por ella. Y sólo sentirá este gusto si la ama. Y sólo la amará, si encuentra una razón que le convenza. En último término, el único modo de hacer tolerable la vida, es amar aquello que la anima y la dirige en el fondo. En el plano experimental, ¿dónde podría hallarse el esbozo (si no la plenitud) de una justificación de la Vida? Al parecer en ninguna parte, sino en la consideración del valor intrínseco del fenómeno humano.

LAS LEYES DE LA ENTROPIA Y DE LA VIDA

El camino que debe recorrer el fenómeno humano no conduce hacia la muerte. **Hay una salida.** Estamos salvados. Al introducir esta salida en la marcha ascendente de la evolución, el P. Teilhard cae perfectamente en la cuenta que invierte los términos de la Física. Según ésta la fracción de energía inutilizable crece constantemente en el Universo. Este fenómeno se conoce con el nombre de Entropía. Según esta ley, los corpúsculos (sede de los fenomenos físico-químicos), en virtud de leyes estadísticas de probabilidad, van creyendo en un estado medio de agitación difusa, estado en el que cesa todo cambio de energía útil. Todo caminaría, pues, hacia la muerte o desintegración universal. Hacia lo que se ha llamado "muerte térmica del universo".

Es ya tiempo —nos dice el P. Teilhard— de reconocer que es-

descubrir el futuro. Viaje a EE.UU., Roma y en tres ocasiones a París. En la ciudad Eterna le impresiona y le fortalece "la extraordinaria confianza, en verdad imperturbable, del Cristianismo, en cuanto a lo inconmovible de su Fe y de su Verdad. Fenómeno muy señalado, y en suma, único en el mundo". Y pocos días antes había escrito en una carta: "...en la actualidad, sin duda es aquí (Roma) donde se halla el polo cristico de la tierra, quiero decir, por aquí pasa el eje ascensional de la hominización".

En 1951 y 1953 vuelve a Afria del Sur con un breve intervalo en los EE.UU. En 1954 puede volver a París por espacio de dos meses. Vuelve a EE.UU. rejuvenecido en su espíritu. Tenía la ilusión de poder participar en el primer año geofísico internacional de 1957, "el primer año de la atmósfera". Pero Dios lo esperaba. Terminó su vida, cuando juzgó que su obra estaba terminada. Fué llamado por su Señor al que esperaba, el 10 de Abril de 1955. Contaba 73 años, y su último deseo le fue concedido: comenzar a vivir en la fiesta de la Pascua de Resurrección. El "testigo de Cristo Resucitado" había muerto el día de Pascua. La oración de sus últimos años: "Acabar bien", "sellar con su muerte el testimonio de su vida", "no por él, sino por la Causa que sostenía", le fué escuchada. Unos días antes de su muerte había escrito: "Voy hacia Aquel que viene", Y el día 15 de Marzo del mismo año, mientras asistía a una cena ofrecida por el cónsul francés de Nueva York, declaró a los circunstantes: "Desearía morir el día de la Resurrección".

Brevemente: el P. Teilhard de Chardin escribió su vida en su obra. Paulatinamente se había ido centrando en su verdadera vocación: "Lograr un mejor descubrimiento de Dios en el Mundo. Esta es la única vocación que yo conozco. Nada podrá desviarme de ella".

Su obra ha comenzado a florecer. Su muerte también. Su vida le seguirá el último día ; ese día que tanto ansió y hacia el que camina toda la creación.